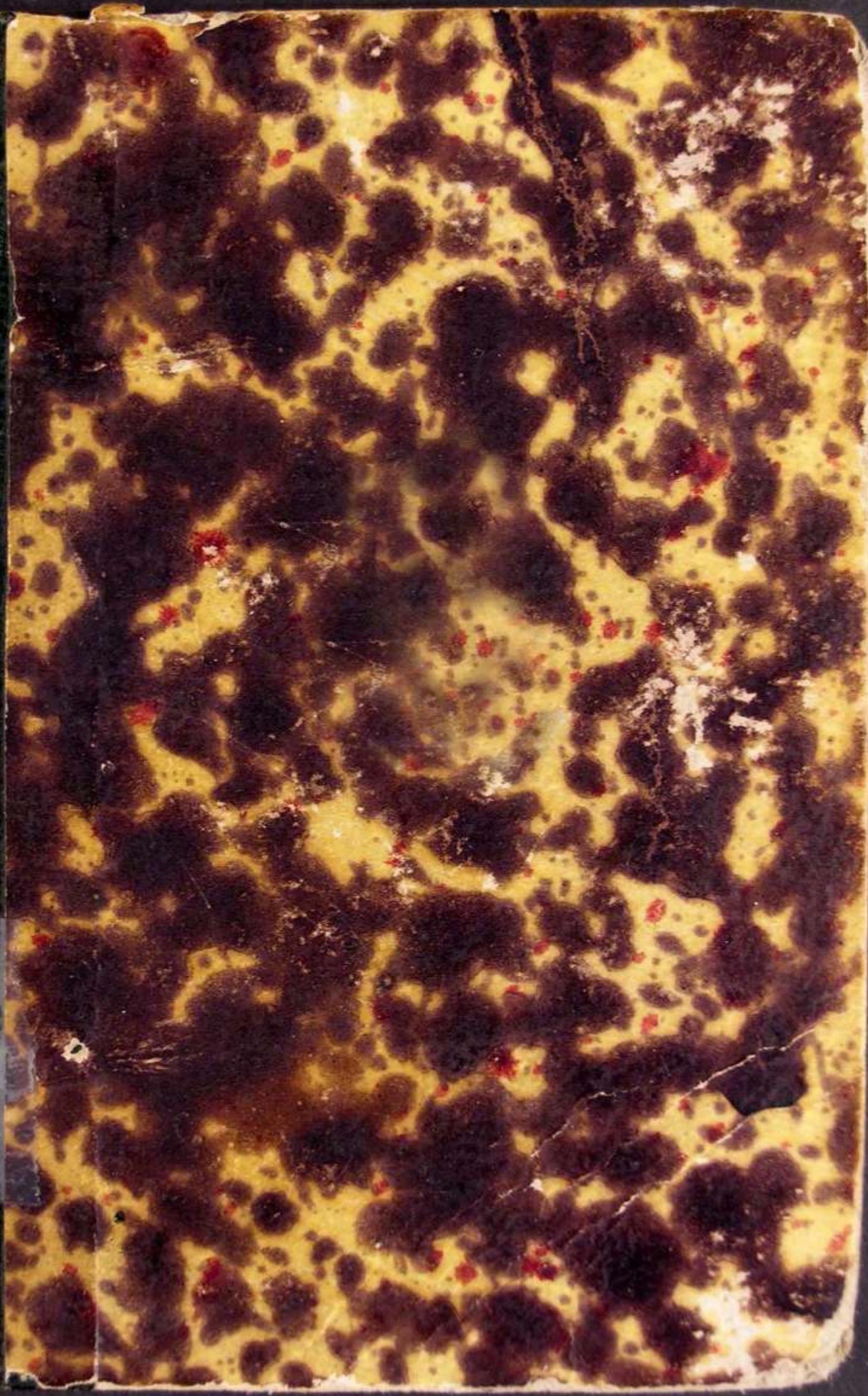


POESIAS

Y
FANTASIAS

A.
VII-28



UNIVERSIDAD DE LA LAGUNA

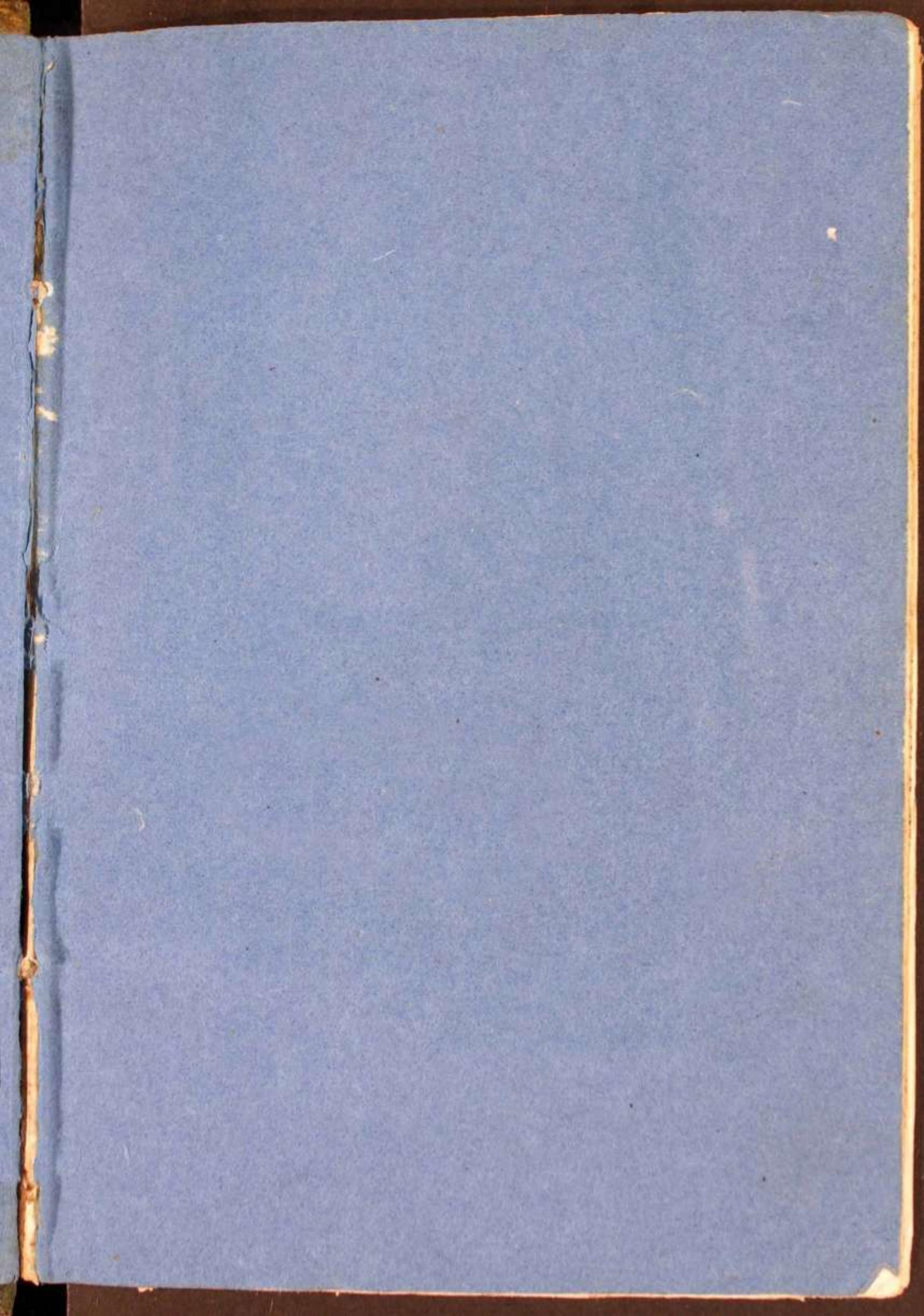
BIBLIOTECA

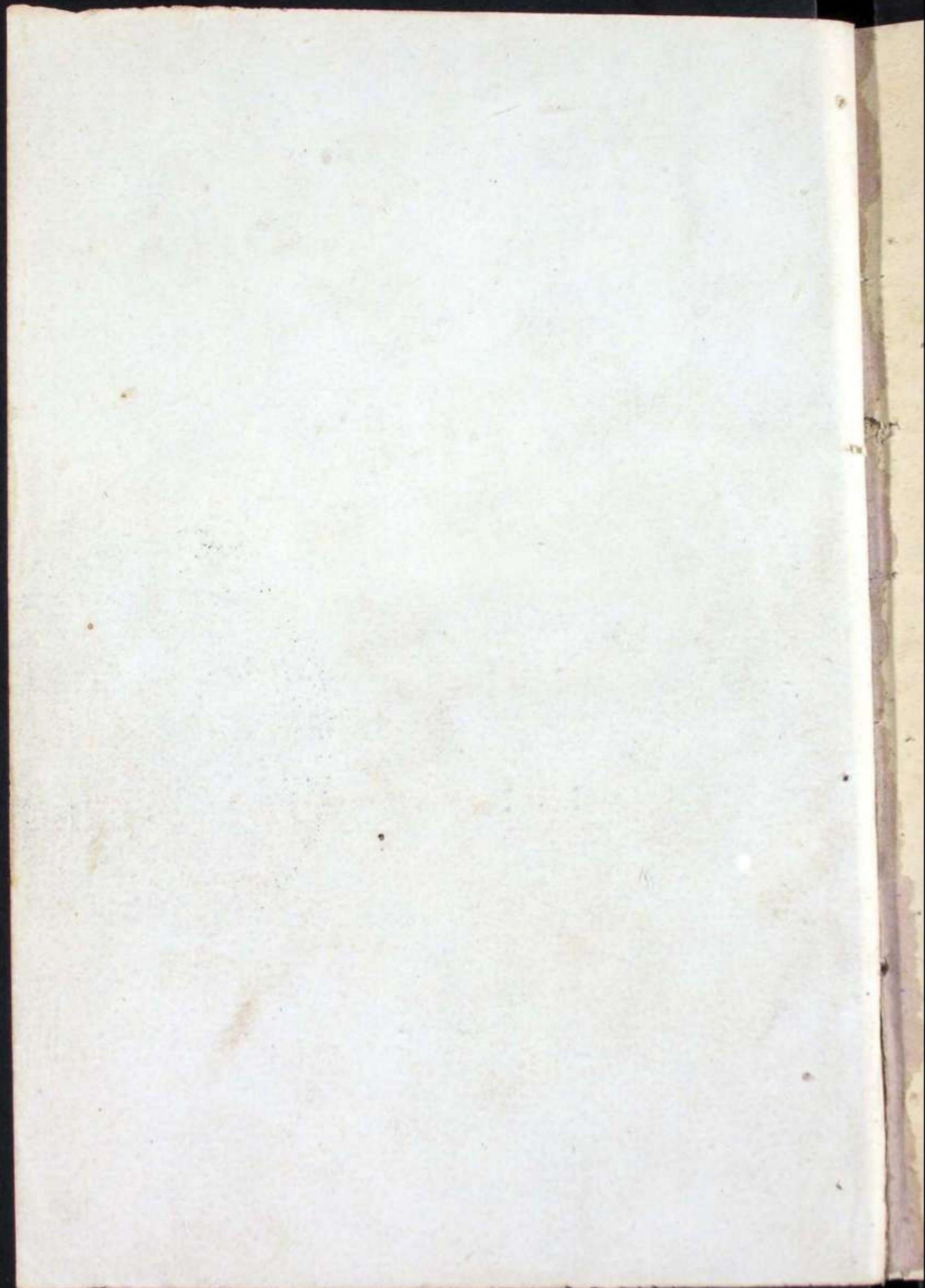
A

P.V.

VII-28

129





864 (46.752)

I

LAURA.

LEYENDA ORIGINAL

POR

D. FERNANDO FINAL.

*Natural de la Ciudad de las
Palmas de Gran Canaria*

Alejo G. de Arce

1855.

SANTA CRUZ DE TENERIFE.

IMPRESA Y LIBRERIA DE LA VIUDA É HIJOS
de D. Vicente Bonnet.



LAURA.

LEYENDA ORIGINAL.

POR

D. FERNANDO TINAJA.

Revisor de Juan Bonnet
Historial de la Ciudad de...



Miguel J. de...

1855.

IMPRESA Y LIBRERIA DE LA VIUDA E HIJOS
de D. Vicente Bonnet.
SANTA CRUZ DE TENERIFE.

A mi querido amigo D. Fernando
Suarez

Querido, te ofrecí un día
dedicarte alguna cosa,
fuera verso, fuera prosa,
sin saber lo que saldría.

En mi habitacion cerrado
busqué sobre que escribir,
y à veces llegué à sentir
la palabra que habia dado;

Pues de ideas muy escaso
tras una idea corria;
y nada, no parecia;
pero al fin salí del paso.

Dios escuchó mi plegaria
«el en las Palmas está,
dije, pues allá te va
un suceso de Canaria.»

Es el que aquí te presento
con toda sinceridad,
para escribirlo en verdad
puse mi mente en tormento.

No se si bien ha salido
ó si bien mal lo escribí;

lo que quise conseguí,
pues mi palabra he cumplido.

Solo me resta un deseo:
que la historia alguna cosa
te agrade y no sea enojosa
como muchas que yo leo.

Tu afectisimo &c.

F. Final.

LAURA.

1.ª

CITTA.

Una noche triste y oscura,
de las mas frias de Enero,
cruzaba por un sendero
Un hombre en cabalgadura.

A la ciudad de Canaria
despacio se dirigia:
de un pueblo cerca venia
por vereda solitaria

Y si bien encapotado
y el sombrero hacia adelante,
lo tenia el agua no obstante
hasta los huesos calado.

Pues furioso temporal
el de aquella noche era:

no habia una estrella siquiera
y arreci ba el vendabal.

A ratos el firmamento
luz fugitiva alumbraba,
que densas nubes rasgaba
ocultándose al momento.

Y entre el agudo silvido
que el aquilon producía,
léjos del trueno se oía
el horroroso estampido;

Mas insensible el viandante
al frio y la tempestad,
su camino à la ciudad,
prosigue siempre adelante.

Quien lo viera cabalgar
sin temer la lluvia fuerte,
Pareciérale su suerte
cosa digna de envidiar.

Complacido lo crevera
sintiendo el agua y el viento,
y satisfecho y contento
viendo que nada le altera.

Al fin llegó à su destino
y en la ciudad penetró
por la Vegueta, y tomó
de un arrabal el camino,

En un pequeño salón
de una casa retirada,
vése una jóven sentada
en un modesto sillón.

Es de aquellas hermosuras
de mágicas creaciones,
que forjan las ilusiones
bellas, celestes y puras.

Y que en algún sueño grato
de deleites y de amores,
cual ángeles seductores
fugaces se ven un rato.

Laura que así se llamaba,
cándida, tímida y bella,
era una casta doncella
que en los diez y seis frisaba.

Tan exquisita beldad
amó desde que fué niña,
siendo cuna la campiña
de su amor de tierna edad.

Amores que de infantiles
luego serios se tornaron,
y cual un sueño pasaron
desde entonces los abriles.

Aquel que Laura adoraba
con puro é intenso amor,
era hijo de un labrador

y D. Diego se llamaba.

De su infancia compañera,
aun en sus juegos de niño,
ya se observaba el cariño
que en ambos luego creciera.

Y despues siguió aumentando
en sus puros corazones:
dulces, bellas ilusiones
á la par fueron creando.

Sus padres no se opusieron;
y en grato y en dulce sueño
los amantes con empeño
cada vez mas se quisieron.

Mas como hombres de razon,
de ella el padre disponia
que D. Diego no entraria
sino en tal cual ocasion.

Temiendo que murmurasen
si lo observaba la gente;
no obstante estuvo clemente
y no impidió que se hablasen.

Todas las noches D. Diego
venia desde su lugar
á la ciudad, para hablar
á su amor y se iba luego.

Sigue A si pasaron los años
gratos, plácidos corrieron

— 0 —

pero por fin conocieron
de este mundo los engaños.

Y vinieron los dolores
á acibar su existir,
y tuvieron que sentir
y padecer sinsabores.

Sino fatal que al nacer
lleva el hombre siempre unido,
que solo al mundo es venido
á llorar y á padecer.

Laura pálida, llorosa,
en el salon se encontraba,
y ha rato ya que aguardaba
al par que triste, angustiada.

A su amor que no venia,
temió en su dolor insano
que el esperar fuera vano
por la tempestad que habia;

Y en su ansiosa situacion,
ya se asomaba un momento,
ya temiendo el frio y viento
otra vez volvia al salon.

Por fin á lo lejos vió,
aunque en las sombras oculto,
que se destacaba un bulto,

Laura.

¿Me dejas abandonada?

Diego.

Si.

Laura.

Pues pronta á seguirle estoy.

Diego.

¿Cuándo?

Laura.

Pasado mañana.

Diego.

Como?

Laura.

Traes una escalera,
esperarás ahí fuera
y saldré por la ventana.
Adios, Diego.

Diego.

Adios mi bien,
á la una estaré aquí.
Prepárate pues.

Laura.

Oh! si.

Diego.

Por Dios, Laura, valor ten.

Volvió D. Diego á montar
mientras un adios decia,
y á poco de esto salia
camino de su lugar.

Y cuando Laura cerraba
para entrar en el salón,
salió detras de un canton
un hombre que oculto estaba.

Vistiendo negro ropage
su sola figura pasma,
pues se asemeja á un fantasma
con aquel oscuro trage.

Miró á uno y otro lado
para ver si alguien le escucha,
y bajando su capucha
de fraile: «Por de contado.

Dijo de pronto, partis.
¡Y lo habeis asi creido!
mas echasteis en olvido
que estaba oyendo D. Luis.

Y ligero en la Ciudad
penetrando como el viento,
perdióse en aquel momento
su sombra en la oscuridad.

¡ay! vengarse por mi mal!

Que ministro se apellida
de religion: santa y pura,
y de sus votos abjura,
y sus órdenes olvida.

No puedo ya sufrir mas;
y ¡oh Laura! me has de seguir,
ó yo llegaré á partir
para no verte jamas.

Laura.

Déjame pensarlo, Diego,
y pronto te avisaré.

Diego.

No, Laura, no esperaré.

Dímelo al instante, luego.

Créeme mi bien, mi vida
ese D. Luis, el malvado,
tiene á tu padre hechizado:
toda esperanza es perdida;

Y como no diste oídos
á su amor impuro, inmundo,
te ha jurado odio profundo
y los dos somos perdidos.

Todo lo tengo dispuesto:
huyamos, Laura, por Dios,
y de nuestro amor en pos.

felices seremos presto.

Laura.

¡Dios mio!

Diego.

¿Que tienes, di?

Laura.

No sé lo que hacer.

Diego.

Huyamos,
y á cualquier parte nos vamos
en siendo lejos de aquí.

Laura.

¿Y á mi padre he de perder?
él, que me idolatra ciego...

Diego.

Pues entre tu padre y Diego
ahora mismo has de escoger.

Decídele, pues me voy.

Laura.

Oyeme un instante.

Diego.

Nada.

y à D. Diego conoció.

Fuese despues acercando
á donde Laura se hallaba,
del caballo se apeaba
este diálogo entablado.

Laura.

Que no vinieses pensè.

Diego.

¿Mucho rato me aguardaste?

Laura.

Si, Diego, pero llegaste
y ya todo lo olvidé.

Feliz en este momento,
cuando me encuentro à tu lado,
no tengo ningun cuidado,
tan solo no verte siento.

Pero pasar tantos dias
sin verte, Diego, mi suerte
es mas triste que la muerte,
sin goces, sin alegria.

Un billete te mandé.....

Diego.

Si. Laura, lo he recibido,
y si antes no he venido

fué por que malo me hallé.

Ví lo que en él me escribiste
de tu padre y ese hombre
de funesto y fatal nombre
á quien en mal hora viste.

Todo lo sé; todo, sí:
solo una esperanza tengo;
por eso á este sitio vengo;
por eso me ves aquí.

Mas dispuesto á no volver
sí á mi súplica no accedes,
no me digas que no puedes.....

Laura.

Pero, Diego, ¿qué he de hacer?

Diego.

Ya que tu padre ha seguido
el consejo de un malvado,
y á su palabra ha faltado,
y mi amor te ha prohibido:

Sígueme, Laura, y olvida
estos sitios y lugares,
y atravesando los mares
gocemos de amante vida.

Huye del hombre fatal
cuyo misterio engaña,
y en quien no puede mi saña

2.^a

RAPTO.

¡Ay! pobre del que goza
en esta triste vida,
y en ilusion querida
sus dias vé pasar.

Si, pobre, que al fin viene
el roedor tormento
el infeliz momento;
de nunca mas gozar.

Nuestro existir es solo
dolor y amarga pena,
y vida solo llena
de lágrimas do quier;

Y con los ojos secos
abrojos ¡ay! pisando,
do quier nos va cercando
agudo padecer.

¡Ay! pobre del que tiene
un corazon que siente:
pesares lentamente
le acosan sin cesar.

¡Ay! pobre, si, que entonces
sentimos nuestro pecho,

que el huracan desecho
lo llega á destrozar.

Vivimos ¡ay! soñando
quimérica ventura,
corriendo con locura
en pos de una ilusión;

de una ilusión querida
bellísima, divina,
que siempre nos fascina
y ofusca la razón.

Pensamos alcanzarla:
llegamos hasta ella;
mas, fugitiva estrella
fué solo su existir,

que pronto entre las nubes
de noche tempestuosa,
su faz pura y hermosa,
dejó de relucir.

¡Cuanto dolor sentimos
y amarga nuestra vida!
esa ilusión querida
y sueño embriagador

magnífica y brillante,
que dulce grato y bello
creimos un destello
de celestial amor.

Fué solo una quimera
Engaño vaporoso,
que huyendo presuroso
espinas nos dejó.

Y una esperanza triste,
y una esperanza vaga
que un tanto nos alhaga
tan solo nos quedó

Peró! ay! cuan infelice!
¡cuan pobre es la esperanza
que asoma en lontananza
y sin jamas llegar!

El porvenir brillante
es mísera apariencia,
ni dich en la existencia
podremos disfrutar.

Pues nuestra vida es
solo dolor y pena
que siempre se ve llena
de lágrimas doquier.

Y con los ojos secos
abrojos ay! pisando,
do quier nos va cercando,
agudo padecer.

Dá un reló diez campanadas
que léjos repite el eco,

Y era la noche en que Laura
debía fugarse con Diego.

Algo aflijida se hallaba
en aquel mismo aposento
en que ya una vez la vimos;
pues si bien su gran deseo
era el huir con su amante
al que adoraba en extremo;
á veces siente la pobre
dejar el hogar paterno,
do recordaba á su madre;
do recordaba sus juegos;
infantiles, y sus gratos
y postrimeros ensueños:
alli, si, donde su infancia
pasó feliz en un tiempo,
donde tambien cada cosa
era algun grato recuerdo
de aquellos felices dias
que pronto por siempre huyeron.

Sus fuerzas le flaqueaban
y algunas veces, sintiendo
estaba quizá la hora
en que viniera D. Diego;
y las lágrimas surcaron
sus mejillas y corrieron
en abundancia; mas dijo:

«aquí quedarme no puedo,
«pues él doquie, me persigue
«sin cesar. y es un tormento
«la presencia para mí
«de ese hombre fatal, funesto,
«que cual reptil venenoso
«que se arrastra por el suelo
«me ofrece su amor impuro,
«y entre Diego y yo le veo
oponiéndose á mi amor.»

Y pensando Laura en esto
se preparaba á partir,
deseando pasasen luego
las horas, y que el reló
señalase la una presto.

La noche propicia era,
que hasta su padre leniendo
que hacer en alguna parte
dijo al salir: yo no vengo
«en toda la noche á casa,
«cierra las puertas y dentro
«permanece y no me esperes.»

Ademas, Laura creyendo
que la criada ya anciana
que en retirado aposento
dormia. no despertase
cuando viniera D. Diego,

de seguro imaginó
que á sus súplicas el cielo
propicio correspondia
sus amores protejiendo.

Y ya pronta en la ventana,
ya paseando un momento,
pesadez iba notando
y que sin querer el sueño
sus párpados los cerraba:
creyó un instante que el fresco
pronto lo disiparia
y fué al balcon un momento;
mas sus oidos zumbaban,
y apesar de sus esfuerzos
por no dormirse no obstante
el sueño iba en aumento:
entonces fuese á una alcoba
de la sala, pues el miedo
se iba de ella apoderando;
pero al abrir á su encuentro
sale de pronto D. Luis.

Laura aterrada. cayendo
sobre un sillón, no articula
ni una voz ni un solo jesto.

D. Luis.

Y bien, Laura, aqui estoy yó;

creo que tarde no llego—
¿No es cierto?

Laura.

Sois un infame.
De aqui salid al momento
ó voces daré, D. Luis.

D. Luis.

Es imposible, no puedo.
Aunque llameis y griteis
nadie vendrá á vuestros ruegos,
pues mis medidas tomé.
Creedme, Laura, ya os tengo
en mi poder.

Laura.

Hombre vil....

D. Luis.

Me hiciste Laura, un desprecio
y de él vengarme jurè;
y asi lo hago.

Laura.

No os temo,
apesar que bajo el hábito
de todo capaz os creo,
porque sois ruin y villano

y es villano vuestro intento.

D. Luis.

Mal os sientan las injurias
cuando á reperiros vuelvo
que os hallais en mi poder,
y os engañais medio à medio
si creis que os salvarán,
pues nadie vendrá de cierto,
nadie llegará hasta aqui.
Oidme, pues, que muy pronto
ya no podreis escucharme.
Aquel dia aun lo recuerdo!
en que á vuestros pies postrado
tan solo os pedia un consuelo,
una mirada siquiera
por mi amor que era de fuego...
de fuego, si, pues de niño
en el cláustro me pusieron,
donde triste, solitario,
jamás sintiera en mi pecho
esas pasiones del mundo
Que se ven del claustrro lejos:
del fuego, si, pues doquiera
me persigue, y un tormento
mas que una delicia es:
me rechazasteis....

Laura.

Es cierto,
porque vos lo mereceis.

D. Luis.

Pero desde, aquel momento
juré que habias de ser mia
en venganza del desprecio.

Laura.

Pues os engañais, D. Luis.

D. Luis.

No, que tan solo por esto
estuve escuchando anoche
vuestro coloquio con Diego;
y ved Laura lo que he hecho.

De la ciudad vuestro padre
lo saqué bajo un pretexto
y esta noche no vendrá:
la criada gané luego;
y en la cena habeis tomado
el narcótico que he puesto.

Laura.

Ah!

D. Luis.

¿Qué teneis? os asustais?

¿Creeis ahora que os tengo
en mi poder? Concluiré,
Para salir con mi intento,
tan luego como os durmais,
pesia al mundo, pesia al cielo,
os sacaré de esta casa.....

Laura.

Dios mio! ¡socorro!

D. Luis.

Creo
que nadie os contestará;
y cuando venga, D. Diego....

Laura.

Tened compasion de mí.

D. Luis

Compasion, Laura, no tengo:
hago cual vos. Dormies pronto
y al instante nos iremos.

Laura.

Piedad! Compasion!

D. Luis.

Callad.

Laura.

¡Nadie llegará en mi anhelo!

D. Luis.

Nadie, Laura, os dormireis,
y os llevaré de aquí lejos.
donde entonces á mi amor
si correspondeis veremos

Laura.

¡Piedad os pido, D. Luis!

D. Luis.

¿Correspondeis mis deseos?

Laura.

Jamas.

D. Luis.

Pues no hay compasión
de aquí los dos partiremos.

Pronto las once darían
cuando dos bultos se vieron
salir de casa de Laura,
uno de ellos sosteniendo
al otro en sus mismos brazos,
Caminó así un corto trecho
hasta llegar á una esquina,

y despues que la habo vuelto,
sin caballo desató,
y por delante poniendo
al que en sus brazos llevaba,
salió en el mismo momento
de la ciudad, en su caballo
cual una flecha ligero.

3.^a

VENGANZA.

Pasaron cuatro meses: ostentaba
la primavera su verdor y flores,
y su ambiente purísimo embriagaba
al espirar balsámicos olores.
¡Bella estacion de amores!
¡Cuántas veces tu mágica hermosura,
que reviste de galas la pradera,
la campiña feraz con su verdura
contempló Laura alegre y plácentera!
Por el prado lijera.
¡Cuántas veces corriendo bulliciosa
desde el primer albor de la mañana,
iba tras la pintada mariposa,

que buscaba afanosa
de las flores aquella más galana
¡Cuántas en su ventana
tendió por la vereda solitaria
mirada cariñosa
y suplicante, ansiosa
en su impaciencia, férvida plegaria
al cielo por su amante dirijia
cuando en vano pensó que esperaría.

Al fin entre los pálidos reflejos
del astro-rey al ocultar su esfera
en rápida carrera,
divisaba à su amor alla á lo léjos:
entonces ya olvidaba su tardanza
y llena la inocente de alegría
de cariño, de amor y de esperanza
miraba à Diego y nada más quería.

Mas todo pasa al fin, todo se acaba
y rápido del mundo el torbellino
cambia del hombre su feliz destino.

Después de aquellos días de ventura,
después de aquellas horas placenteras
que pasaban ligeras,
de angustia otras vinieron, de amargura.

¡Cuatro meses pasaron: cuatro siglos
para los dos amantes,
los que dichosos antes

cada dia se escuchaban, se veían
y ciega fé en el porvenir tenían.

Cuatro meses; ay tristes! de tormentos,
Cuatro meses sin que aun Diego supiera
lo que de Laura fuera:

tiempo en que Diego en su dolor profundo
la ciudad y campiñas exploraba;
mas ninguna esperanza le alentaba.

Veloz en su alazan desatinado
las zanjas y torrentes traspasaba:
en el valle ignorado
tan pronto se le vía,
tan pronto la alta cumbre recorria
de algun monte escarpado,
sin que altos precipicios ni barrancos
su carrera veloz cual pensamiento
detuvieran tan solo ni un momento.

Suelta la rienda á veces caminaba
sin direccion segura,
su cabeza en el hombro descansaba
y lleno de dolor y de amargura
en pensamientos tristes en bebido,
ni escuchaba del trueno el estampido,
ni impresion le causaban los calores,
ni el agua que su frente refrescaba,
ni las voces lejanas que escuchaba,
ni los trinos de pardos ruiseñores:

solamente pensaba en sus dolores.

Era fines de Mayo y el estio
sus primeros ardores ya esparcia;
el labrador alegre recorria
por las campiñas de verdura llenas,
y al verlas tan lozanas
su fatiga olvidaba y aun sus penas.

Su disco el sol habiendo ya ocultado
solamente el crepúsculo alumbraba
y ese ruido un instante se escuchaba
que à la noche precede indefinible:
el pastor sus ganados recojia
y al doméstico hogar se dirijia.

Un ginele cruzaba solitario
en un barranco la escarpada altura:
agreste es aquel sitio y es locura
caminar por tan hondos precipicios,
cuando ya de la noche se desata
negro capuz que el dia desbarata.

El viagero no obstante su camino
prosigue siempre sin cuidar de nada,
sin fija direccion, casi sin tino
la pendiente cruzando va escarpada.

Si un instante el sencillo campesino
en hora tal le hubiera divisado,
proyectando fantástica su sombra

ý teniendo las rocas por alfombra,
en carrera yeloz huido hubiera
pues un ser del Averno lo crevera.

La luna ya sus palidos reflejos
por aquellas llanuras estendia:
todo calma alrededor, nada se oia:
ni aun el lúgubre canto de las aves
que en la noche pululan se escuchaba:
à un desierto sin fin se asemejaba.

De repente paró el corcel inquieto
ý se encabrita un tanto; con presteza,
el ginele levanta la cabeza
mirando alrededor despavorido
al ver un sitio de él no conocido.

Proseguir adelante quiso luego
en brazos del azar, á la ventura;
mas detiene su paso una voz pura
que dice suave y armoniosa: «Diego»

Tal vez una ilusion de los sentidos
que era creyó, el pensamiento acaso
de sus gratos amores ya perdidos;
mas escucha: «Deten, Diego, tu paso.»
con voz clara, sonora y argentina
que á un tiempo le recuerda amor y gloria.

Diego al oir aquella voz divina,
un momento creyó fuese ilusoria;
mas oye claramente que su Laura:

«¿Perdióse, dice, acaso en tu memoria
«el recuerdo de Laura, de tu amada;
«de ventura esa época pasada
«que en tu mente con fuego creí escrita,
«y aquellos gratos días
«pasados en la calma, sin dolores
«en medio de placeres y alegrías
«y de nuestros purísimos amores?»

Miró Diego alrededor con gran pavora
y al ver solo las rocas, dice entonces:

«Voz armoniosa y celestial y pura.
«¿Es cierto que te escucho? O anhelante,
«pensamiento incesante
«ó vértigo quizá de una locura,
«me hace escuchar aquí tu voz amante
«¿Eres blanca vision que en raudó vuelo
«desde el cielo á la tierra descendiste
«para enjugar las lágrimas de un triste
«¿Eres acaso algún fantasma vano
«ilusion vaporosa de un momento,
«ó es un sueño quizá que oí tu acento?»

«Mas yo entendí su voz, Laura querida
«si me escuchabas y oyes mi lamento
«ven hasta mi, pues te creí perdida.

«En vano, Diego, llamas á una sombra
«dice la voz: quedó Laura sin vida.

«Un malvado la trajo á estos lugares,

«y no correspondiendo sus amores,
«la mató despiadado
«saciando su venganza en sus dolores,
«A fin de este barranco solitario
«vése una cueva triste, abandonada:
«en ella ha sido Laura asesinada.

«En esa cueva que el infame habita,
«el infame D. Luis que tiene escrita
«en su frente con signos indeleb'es
«la fea mancha del crimen cometido,

«Su sangre palpitante;
«la sangre, Diego, de tu bien querido,
«ante los hombres por venganza clama;
«mas perdona mi amor, que ya tu amante
«de su muerte tambien lo ha perdonado:
«deja, si, Diego, al criminal malvado.

«No buques á tu Laura ya en el mundo:
«solo en la gloria existe, donde espera
«dicha no terrenal, perecedera,
«sino dicha completa.»

Dijo la voz, y con el alma inquieta
Diego escuchó con ansia suspirando
el eco puro de su Laura amada:
despues no oyendo nada
prorumpo en fuerte grito:

¿Qué perdone? Jamas. Hombre maldito.

«Ella dijo;» Su sangre palpitante.
«la sangre, Diego, de tu Laura amante»
«ante los hombres por venganza clama»
«mas perdono mi bien.» Jamás: tu suerte
«en él yo vengaré tambien tu muerte.»

Los peñascos entonces fué saltando
en busca de la cueva maldecida
do su Laura perdió triste! la vida:
su fantástica sombra fué ocultando
impavido al cruzar aquel desierto
en su ligero andar y paso incierto.

4.^a

CONCLUSION.

Una mañana estos sitios
dos pastores recorrian,
que por allí conducian
sus ganados á pastar:

plática breve y sencilla
entablaron un momento,
mientras que con paso lento
se les via caminar.

A una distancia no lar:

un rastro quizá buscando,
vense sus perros hollando
la tierra que inculta está:

ya atrás volvián un instante,
ya las paredes saltaban,
y así los dos se acercaban
al fin del barranco ya.

Entonces los dos pastores
en su plática embebidos
escucharon los ladridos
de sus perros á la par:

caminaron por la senda
que al barranco conducia,
y mas cercano se oia
á los dos perros ladrar.

Junto á una cueva por último
de aquel lugar escondido
vieron á un hombre tendido
cadaver al parecer:

muerto está! los dos dijeron;
y esto verdad parecia,
pues la sangre que allí habia
así lo dha á entender.

En tan solitario sitio
y de la cueva en la puerta:
dijeron, segura y cierta
la muerte llegó á encontrar;

y observando su ropage,
que sangre y lodo mancharon,
à un mismo tiempo exclamaron:
es un fraile à no dudar.

Y mirábanse un instante
y al muerto tambien miraban
y ambos pastores pensaban
quien seria quien lo maló,
cuando asombrado uno de ellos
levisimo movimiento
que à poco aumentaba lento
en el cadaver notó.

Entonces ambos trataron
hasta la cueva llevarlo;
mas al ir à levantarlo
dentro la cueva al mirar,

vieron sin duda un espectro,
pues buyeron asustados
corriendo desatinados
adelante sin cesar.

Dieron parte à la Justicia
de un pueblo que cerca habia
y à poco aquel mismo dia
la justicia àllí llegó.

Aun el último suspiro
el monge no habia exalado;
le auxiliaron con cuidado

y el juez en la cueva entró,

Vieron entonces tendido
y en la cueva arrinconado
y sangriento y maltratado
un cadaver que dá horror,

pues degollado cruelmente
de infinitas puñaladas,
se vian señales marcadas
de agudísimo dolor.

No obstante se conocia
que una muger habia sido,
apesar que todo herido
casi el rostro no se vé.

La justicia horrorizada
tomó cuenta del suceso,
y dando al fraile por preso
hasta que mejor esté,

en medio de un gran concurso,
á ambos al pueblo llevaron
y que curasen mandaron
al monge en el Hospital;

pues los medicos dijeron
despues de reconocido,
aunque en parte mal herido,
que no lo creían mortal.

que aunque no cicatrizadas
sus heridas todavia,

desparecido ya habia
todo el peligro mayor.

La justicia pronta estaba
á visitar al herido
y del crimen cometido
saber al fin la razon.

cuando una noche pregunta
por el fraile un caballero,
llevandolo el enfermero
a su misma habitacion.

Salió de ella á poco rato
diciendo en la enfermeria,
que el herido ya dormia
deseando descansar;

mas cuando al dia siguiente
a verle fué el enfermero,
á salir volvió ligero
y sin poder respirar.

Entraron luego en el cuarto
para ver lo que habia sido,
y en tierra hallaron tendido
al fraile cadáver ya;

pues vendajes, ligaduras
habian sido destrozadas
viendo á mas tres puñaladas
que él se habia dado quizá.

Los enfermeros al punto

allí mismo iuterrogaron,
y entonces ellos contaron
que un hombre el día anterior
penetró en aquella estancia,
y dijo de ella saliendo
que el fraile estaba durmiendo
y se encontraba mejor.

Del hecho al fin no se pudo
áveriguar nada cierto
el fraile quedó bien muerto;
y todo el mundo creyó,
oyendo decir el hecho,
que de locura atacado
al fin se habia suicidado
cuando el delirio le dió.

Siendo niño este suceso
un día me refirieron:
lo que otros muchos creyeron
al principio yo creí
pero la anciana señora
á quien la historia contaba
un día, que me engañaba
me dijo, y que no era así:

Añadiendo que un hermano
de la órden franciscana,
en Méjico una mañana
vió à un jóven que iba á morir;
y dijo ser de Canaria
donde siempre habia vivido,
y de donde habia tenido
por su desgracia que huir.

Le contó toda su historia
y ademas le dijo luego,
que él se llamaba D. Diego
y que à D. Luis muerte dió.

pues sabiendo fué salvado
y al Hospital conducido
hasta allí le habia seguido
donde por fin lo mató.

Laguna 1.º de Enero de 1854.

F. Final.

FIN